



segundo

CONCURSO

de relatos



Escanea el QR
y gana 500€
(hasta el 31 de agosto)

PRIMER PREMIO

La condesa del "me importa un pepino"

Me llamo Constanza del Risco y Balmaseda. Ochenta y seis espléndidos años —ni uno más, ni uno menos— y todavía puedo ponerme unos tacones de ocho centímetros sin parecer una cabra borracha. Soy viuda tres veces, madre de tres varones funcionales pero afectivamente discapacitados, y dueña de una fortuna que haría salivar a un banquero suizo.

Cada domingo me reciben en mi propio salón como si fuera la virgen de Lourdes con testamento. “Mamá, qué bien te veo, ¿es nueva esa bata de seda?”. La bata tiene quince años y una mancha de coñac del 98, pero claro, no la miran, me escanean. Las nueras son otro cantar: dos arpías disfrazadas de yoga y una que dice ser coach espiritual, aunque solo sabe canalizar tarjetas de crédito.

La última gota cayó ayer, cuando Sergio, el mediano, me regaló una suscripción a una app de meditación guiada. ¿Meditación? ¡Yo lo que quiero es ruido, vino y un galán que sepa bailar un buen tango sin romperse la cadera!

Así que esta mañana, al oír a mi asistente Alexa (la de Amazon, no la enfermera) recordarme que tenía “almuerzo familiar”, dije en voz alta: “Alexa, cancela todo. Nos vamos a la Costa Azul”. Y Alexa, obediente, dijo: “Muy bien, cancelando almuerzo familiar”. Qué maravilla la tecnología cuando sirve para mandar todo al cuerno.

Recogí a mi caniche, Bolero —que ladra solo en francés desde que lo llevé a Mónaco—, llamé a René, mi chofer guapo como un pecado y más fiel que un confesor, y pasé a buscar a Beatriz, mi amiga del alma desde que compartimos internado y un profesor de latín.

Ahora mismo escribo esto desde la terraza de un hotel en Niza, con una copa de champán rosé en una mano y el móvil en la otra. Bolero lleva gafas de sol y Beatriz intenta ligar con un influencer treintañero que cree que somos millonarias excéntricas de TikTok. No le vamos a quitar la ilusión.

¿Mis hijos? Supongo que andarán revisando el buzón esperando cartas notariales. Que esperen sentados. La herencia va para quien me haga reír... o al menos me lleve de copas sin hablar de criptomonedas.

Y por fin, soy libre. Y fabulosa.

SEGUNDO PREMIO

Nuevo estado

Mi abuelo se levantó un martes con la convicción de que necesitaba una actualización. Pero no de vitaminas ni de prótesis de cadera de última generación, no: una actualización del sistema operativo.

Fue directo a la tienda de informática del barrio y pidió, con el tono de las decisiones importantes, «la versión premium de la vejez». El dependiente, un chaval con granos y camiseta de superhéroes, lo miró con la misma expresión con que miraría a un ordenador colgado. Pero el abuelo insistió:

—Mira, estoy cansado de este modelo. Demasiadas caídas, memoria saturada y, lo peor de todo, —hizo una pausa y se señaló con el dedo índice el esternón—, este ventilador interno que hace un ruido espantoso cuando subo las escaleras.

El chico, entre divertido y asustado, le vendió un disco duro externo del tamaño de una caja de cerillas. Mi abuelo lo llevó a casa y se lo enchufó al pecho con cinta aislante. Desde entonces, asegura que ha hecho varias copias de seguridad de su corazón. Por si acaso.

En el grupo de WhatsApp familiar ya no manda fotos de nietos, sino pantallazos de «diagnóstico de sistema»: batería al 63 %, nivel de almacenamiento crítico, se requiere una restauración a la versión anterior. Mi madre se desespera e intenta, inútilmente, que vuelva a entrar en razón.

La semana pasada vino corriendo a mi cuarto y entró sin llamar. Estaba pletórico.

—¡He descubierto el modo avión! Es una maravilla, nadie me molesta y siento que floto. Tienes que probarlo, te va a encantar.

Y ayer apareció en el salón con un mensaje en la frente escrito con rotulador rojo: «Actualización en curso. No apagar ni desconectar de la corriente». Se quedó quieto en el sofá durante horas, con la paz de quien ya no teme perder ningún dato importante.

Cuando abrí la puerta de su habitación esta mañana, había dejado una nota manuscrita: «Si no despierto, es que me he quedado a vivir en la nube. Nos vemos online».

Mi madre no deja de llorar. Yo, en cambio, no dejo de mirar el móvil, por si me llega alguna notificación de su nuevo estado.

Margarita del Brezo Gómez Cubillo



segundo

CONCURSO

de relatos



Escanea el QR
y gana 500€
(hasta el 31 de agosto)